

¿Qué significa ser limpios de corazón? – Charles Spurgeon

La Sexta Bienaventuranza declara: “Bienaventurados los de limpio corazón, porque ellos verán a Dios” según Mateo 5:8. Esta enseñanza de Jesucristo muestra que lo verdaderamente importante no es una reforma moral externa, sino la transformación interna del corazón. En el Sermón del Monte se enfatiza que, si el corazón no es puro, la vida tampoco podrá serlo. La fe cristiana, por lo tanto, insiste en la necesidad de una regeneración divina, en el nuevo nacimiento, para poder ver a Dios. Porque Dios mira lo íntimo y solo aquellos que son limpios de corazón recibirán Sus promesas y bendiciones.

La importancia de la limpieza del corazón

La impureza de corazón es presentada como la causa de la ceguera espiritual, mientras que solo un corazón limpio tiene la capacidad de ver a Dios. Esta limpieza no puede ser alcanzada por medios humanos, pues es una obra divina que transforma desde dentro. La regeneración viene del Dios santo y abre los ojos del alma para contemplar Su gloria. En este sentido, la evaluación de la vida no se basa únicamente en las palabras o en las acciones externas, sino en la corriente interna de los afectos, inclinaciones y rechazos del corazón. La pureza externa puede satisfacer a los hombres, pero no engaña a Dios, que ve lo profundo del ser.

La impureza de corazón y sus efectos

Cuando el corazón es impuro, la vista espiritual se oscurece. El avaro no puede apreciar el encanto de la generosidad y

considera al generoso como un insensato. La codicia puede llevar a un hombre a sacrificar su honor con tal de obtener ganancias. La opresión distorsiona el juicio, al punto de justificar lo injustificable, y quien guarda oro en sus ojos se vuelve incapaz de ver la verdad. Del mismo modo, la lascivia ciega el entendimiento, y muchas veces aquellos que desprecian la Palabra de Dios lo hacen porque sus vidas están marcadas por la impureza. La oposición al Evangelio nace en gran medida porque este señala el pecado y muestra la culpa, algo que el corazón impuro no soporta.

La limpieza del corazón y la verdad espiritual

Un corazón recto reconoce los derechos de Dios sobre la vida humana y se somete a Su voluntad. Por el contrario, un corazón impuro puede practicar cierta justicia externa por conveniencia, pero no por amor a la verdad. La doctrina de la expiación de Cristo solo puede ser comprendida plenamente por quienes han experimentado la purificación interna. Para ellos, la cruz no es un obstáculo sino la fuente de la más profunda satisfacción, pues allí ven la justicia divina engrandecida. La regeneración es indispensable, porque muestra la necesidad de nacer de nuevo y de reconocer la maldad natural del corazón humano. Los de limpio corazón se enamoran de la santidad, admiran la vida de Jesucristo y reconocen en Él no solo un ejemplo humano, sino la revelación divina misma.

La duplicidad de corazón y la hipocresía

La duplicidad es otra forma de impureza que ciega los ojos a la verdad espiritual. El hipócrita, por más religioso que parezca, nunca verá a Dios mientras permanezca en su hipocresía, pues no puede reconocerse a sí mismo tal como Dios

lo ve. El formalismo, centrado en rituales y apariencias, también se convierte en un obstáculo para la visión espiritual, ya que se enfoca en la forma y no en la esencia de la fe. De igual modo, la lectura interesada de las Escrituras para justificar opiniones personales impide descubrir la verdad. La astucia y la hipocresía hacen más difícil la conversión que los pecados visibles, porque el corazón se endurece en la falsedad. En contraste, la sinceridad, la sencillez y la honestidad en la búsqueda de Dios abren la puerta al Reino de los cielos.

La sinceridad y la búsqueda de Dios

Jesucristo enseña que nadie se acerca a Dios mediante astucias o tramas, sino con humildad y confesión de pecado. El hombre sincero, que reconoce su necesidad y se acerca con un corazón honesto, es el que verdaderamente puede ver a Dios. Incluso los sencillos de espíritu, como una mujer humilde y devota, pueden tener una visión más clara de la presencia divina que un erudito atrapado en discusiones vacías. Lo esencial es la limpieza y sinceridad del corazón, no el conocimiento acumulado.